

JESUCRISTO AYER, HOY Y SIEMPRE

Jesucristo ayer, hoy y siempre en América Latina

Estanislao Esteban Karlic*

1. El telón de fondo de las deliberaciones

El texto de la carta a los Hebreos 13,8 ha sido propuesto por el Papa como lema evangelizador que acompaña el título de esta IV Conferencia, "con la finalidad de poner el nombre de Jesucristo en los labios y en el corazón de todos los latinoamericanos"¹.

La frase que compone este lema se ubica en el contexto de los versículos 7 a 9 del capítulo 13, que dice así: "Acordáos de vuestros dirigentes que os anunciaron la Palabra de Dios, y considerando el final de su vida, imitad su fe. Jesucristo (es) el mismo, ayer, hoy y siempre. No os dejéis seducir por doctrinas varias y extrañas".

El texto comienza con la exhortación a recordar a los primeros dirigentes y evangelizadores de la comunidad, y a imitar actualmente la fe que ellos mantuvieron hasta el final de sus vidas. Se trata de la fe en Jesucristo: adhesión a su persona, confianza en su fidelidad inmutable, apoyo en su permanencia a través del tiempo que pasa. En efecto, Jesucristo, porque permanece "el mismo ayer, hoy y siempre" sigue siendo digno de fe, de modo que "para los creyentes ya no existirá el más mínimo motivo para buscar otro apoyo"².

Texto apropiado para leer y meditar en esta ocasión. De modo semejante a los cristianos de la comunidad a la que está dirigida la Carta a los Hebreos, los actuales cristianos de América Latina estamos invitados, al cabo de cinco siglos, a conmemorar a los primeros evangelizadores, fundadores de nuestra

* Arzobispo de Paraná. Argentino.

1 Card. B.GANTIN, *Carta a Monseñor Darío Castrillón Hoyos*, Presidente del CELAM, 12-12-1990; cfr. JUAN PABLO II, *Discurso a la Comisión Pro América Latina*, 14-6-1991, n. 3.

2 A. VANHOYE., "Jesucristo ayer, hoy y siempre", según la Carta a los Hebreos", en *Medellín 70* (1992) 161.

Iglesia. A través del mismo texto bíblico nos sentimos exhortados a "considerar el final de sus vidas" y a conservar la fe que ellos mantuvieron hasta ese final consumiendo su existencia terrena en la tarea de predicar el evangelio y tal vez, en algunos casos, con la última y suprema confesión del martirio.

Celebramos que nos hayan transmitido el don de la fe cuyo centro es Jesucristo, a quien queremos celebrar, creyendo en El -poniéndolo en nuestro corazón- y confesando su nombre -poniéndolo en nuestros labios.

Esta Asamblea debe sentir el imperativo de iniciar sus labores, con una profunda y firme profesión de fe, la que expresamos en el rezo de nuestro Símbolo, el recitado en el bautismo y profesado en la consagración sacerdotal y episcopal, la que Jesucristo nos pide profesar hasta el final de nuestras vidas, que se han de gastar en la tarea de evangelizar y, -a quienes Dios conceda esa gracia,- consumir en la ofrenda del martirio.

Puesto que creemos, no podemos dejar de hablar. Puesto que creemos en Jesucristo no podemos dejar de expandir esta riqueza comunicándola mediante el anuncio del Señor (Cf. Hch 4,20; RM 11). Como Cristo, a quien celebramos, está en el centro de nuestra confesión de fe, así El, a quien predicamos, ha de estar en el centro de nuestra evangelización.

2. Desde Medellín y Puebla a Santo Domingo. El hombre, la Iglesia, Jesucristo.

Es importante señalar tres jalones de nuestra acción magisterial y pastoral en estas últimas décadas a partir del Concilio Vaticano II. El primero es Medellín, heredero inmediato del Concilio, sobre todo del mensaje de la *Gaudium et Spes* y de Pablo VI en su discurso de clausura, que puso al *hombre* en el centro de sus preocupaciones. Medellín dijo:

La Iglesia latinoamericana, reunida en la II Conferencia General de su Episcopado, centró su atención en el hombre de este continente, que vive un momento decisivo de su proceso histórico. De este modo ella no se ha 'desviado' sino que se ha 'vuelto' hacia el hombre, consciente de que 'para conocer a Dios es necesario conocer al hombre'³.

Una década después, Puebla recoge la propuesta de Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*. El Papa buscaba unificar las diversas y a veces dispersas formas de la actividad de la Iglesia (es decir, su actividad pastoral con los católicos, el anuncio de Cristo ad gentes, la promoción y la contribución a una liberación integral) incorporándolas en la *evangelización que es la actividad*

esencial de la Iglesia, su razón de ser y "su identidad más profunda" (Cf. DP 348; EN 14).

Ahora, casi a una década y media de Puebla, la Iglesia latinoamericana en la persona de sus obispos, hace otra vez suya la preocupación del actual Sumo Pontífice y retoma el proyecto evangelizador, subrayando la necesidad de poner como centro de la nueva evangelización a Jesucristo Redentor⁴.

Esta referencia central a Jesucristo estaba ya vigente en Puebla, que asumiendo *Evangelii Nuntiandi* decía: "

Afirmamos que la Evangelización 'debe contener siempre una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios' (EN 27). He aquí lo que es base, centro y a la vez culmen de su dinamismo, el contenido esencial de la Evangelización (DP 351).

Y esta misma perspectiva cristológica estaba también presente en la Conferencia de Medellín que, al dirigir su atención al hombre, buscaba ya comprenderlo "a la luz de la Palabra, que es Cristo". Cristo es, en efecto, aquel "en quien se manifiesta plenamente el misterio del hombre" ⁵.

Consideraremos pues nuestra fe en Jesucristo ayer, hoy y siempre en América Latina.

1. JESUCRISTO AYER

Ayer: Pentecostés

Ayer es el origen. Nuestro ayer es, ante todo, el de Pentecostés. Pentecostés señala el comienzo público de la Iglesia y de la predicación apostólica.

Señala el comienzo de la Iglesia universal, presente entonces en la Iglesia local de Jerusalén; y señala también el comienzo de la Iglesia de América Latina, en la cual, así como en otras Iglesias particulares, se realiza actualmente la Iglesia universal.

4 "La figura y misión del Salvador -nos decía el Santo Padre- será ciertamente el centro de la Conferencia de Santo Domingo. Los Obispos latinoamericanos se reunirán allí para celebrar a *Jesucristo*: la fe y el mensaje del Señor difundido por todo el continente. La cristología será pues el telón de fondo de la asamblea": Juan Pablo II, Discurso a la Comisión pro América Latina, 14-6-1991, n.3..

5 Cf. Medellín *Introducción*, n. 1: GS 22.

Pentecostés señala el comienzo de la predicación apostólica en las regiones de la ecumene entonces conocidas y el comienzo de la recepción de la fe en Cristo por parte de diversas culturas que comenzaron, a través de sus miembros bautizados, a hablar en las propias lenguas las maravillas de Dios (Cfr. Hch 2,11). De este modo nuevos pueblos venidos de la gentilidad pudieron reconocerse "coherederos, miembros del mismo Cuerpo y partícipes de la misma Promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio" (Ef 3,6) y los apóstoles pudieron alegrarse y celebrar la obediencia de la fe de aquellos (Rm 16,19).

Ayer: el comienzo de la evangelización en América Latina

Nuestro *ayer*, el de la Iglesia de América Latina, es también el acaecido hace cinco siglos: la llegada de los primeros misioneros. Es nuestro origen inmediato, el comienzo de la fe y de la Iglesia entre nosotros⁶.

El ininterrumpido Pentecostés que vive la Iglesia, la permanente efusión del Espíritu, quien precede y acompaña a la predicación de los apóstoles y misioneros, ha encontrado entonces, quince siglos después del comienzo del cristianismo en Jerusalén, un punto privilegiado de realización histórica. El evangelio comenzó entonces a ser anunciado por primera vez a indígenas de antiguas culturas, así como también a la nueva cultura, que entonces comenzó a gestarse, a través del choque y de la confluencia de diversas razas. Los representantes de esas culturas fueron invitados a acoger la fe en Cristo y a poder así hablar en sus propias lenguas las maravillas de Dios.

A quinientos años de distancia, celebramos ese *ayer*, el comienzo del Evangelio y la primera recepción de la fe. Celebración esta en la que se mezclan el dolor y la alegría, el gozo y el sufrimiento: el dolor por la muerte, la violencia y la explotación, y la alegría por la fe y la gracia recibida, la promoción humana y el amor de los humildes.

Ayer: continuidad y novedad

En el *ayer* de la primera evangelización de América Latina, Cristo comenzó a ser conocido y reconocido por la fe y la profesión bautismal.

Considerado en una perspectiva salvífica, ese *ayer* estuvo en *continuidad* con el período anterior de historia de los pueblos indígenas, a la vez que marcó una *novedad*, el término de la etapa anterior y el inicio de una nueva etapa histórico-salvífica.

6 Cf. Juan Pablo II, Homilía en el Hipódromo de Santo Domingo, 11-10-1984, n.1.

En efecto, la efusión del Espíritu producida en el bautismo de los pobladores indígenas, profundamente religiosos, continuó la presencia anterior de ese mismo Espíritu, cuyos secretos impulsos hacia la salvación en Cristo databan del comienzo de la creación. Pero además llevó a esa secreta presencia hacia una mayor plenitud, la de los "últimos tiempos", al otorgarle figura histórica y sacramental en el cuerpo de la comunidad eclesial. La primera evangelización recogía también las precedentes semillas del Verbo pero llevándolas a su crecimiento y fructificación.

Por cierto, cuando el "ayer" de la primera evangelización de América Latina, el Hijo eterno ya había tomado carne, naciendo de María Virgen, de modo que, por su misma encarnación estaba de algún modo unido a todo hombre (Cf. GS 22; RH 8), incluidos los miembros de aquellos pueblos indígenas que habitaban estas tierras. Pero con la primera evangelización acaeció, para estos pueblos, la *Epifanía* de la encarnación. En los años del reinado de César Augusto (Cf. Lc 2,1), en el silencio de la pequeña aldea de Nazaret, el Hijo eterno se había encarnado en el tiempo dando al tiempo una meta, un centro, un eje; y en la última década del siglo XV es recibida en la lejana América, con la voz de los misioneros, la "buena noticia", de modo que América puede, de una manera visible e histórica, internarse en el "tiempo de la Iglesia", entre la Ascensión y el día de la última y gran Epifanía del Señor.

El es el Verbo eterno... En el Hijo, la plenitud divina del tiempo se ha acercado a las dimensiones humanas del tiempo y de la historia... Con su nacimiento ha sido enviado: inmerso en la historia de los hombres 'para que recibiéramos la filiación adoptiva' (Ga 4,5) en él, el Hijo unigénito... Esta se expresa con el nombre de 'Abbá, Padre!' (Ga 4,6). Desde hace quinientos años el misterio de Cristo, Salvador del hombre, está presente entre los pueblos del continente americano. Desde entonces el misterio de la salvación, revelado para toda la humanidad en el Verbo hecho carne, comenzó a ser anunciado a nuevos pueblos... Sin embargo, aquellos pueblos eran conocidos por Dios desde toda la eternidad, y abrazados siempre con la paternidad que el Hijo ha revelado 'en la plenitud de los tiempos' (Cfr. Ga 4,4) ⁷.

Estos pueblos eran desde siempre conocidos y reconocidos por Dios como hijos. Pero, antes que llegaran los primeros evangelizadores, ellos no podían conocer y reconocer a Dios como Padre en Cristo.

Habremos pues de reconocer la continuidad soteriológica entre la etapa anterior y la posterior a la llegada de los misioneros, continuidad establecida por la vigencia salvífica universal, en todo tiempo y lugar, de la encarnación redentora de Jesucristo. El Señor, que prometió la salvación a los primeros

Padres y la realizó en Jesucristo, ha acompañado a los hombres y los pueblos con su amor y gracia, sin dejar nunca a nadie fuera de la posibilidad de salvación (Cf. RM 10). Es el Espíritu de Jesús quien les ofrece "la posibilidad de que, en la forma sólo por Dios conocida, se asocien a este misterio pascual" (GS 22), siempre que practiquen lo que es bueno en sus propias tradiciones y sigan los dictámenes de su conciencia ⁸.

Es oportuno recordar que esta doctrina sobre la posibilidad de salvación universal, anterior a todo conocimiento explícito de Cristo (Cf. RM 10), ha sido válida para las poblaciones indígenas de nuestro continente antes de la llegada de los misioneros. Pero será también conveniente que los miembros de esta IV Conferencia profundicemos en la razón y el sentido que, siempre en la perspectiva salvífica, ha tenido la primera evangelización del Continente, y tendrá la "nueva evangelización", con su contenido cristológico. Se trata de ver cuál es el aporte que acarrea la evangelización explícita y por consiguiente, cuál es su importancia y su urgencia. Se trata de recordar y, si fuera el caso, de percibir mejor por qué la Iglesia experimenta "que no puede menos de hablar" (Cf. Hch 4,20; Cf. RM 11); por qué resiste a la concepción de quienes "dejan en silencio a Cristo". Se nos pide tal vez el esfuerzo de comprender mejor que "la autorevelación definitiva de Dios" acontecida en Cristo, "es el motivo fundamental por el que la Iglesia es misionera por naturaleza. Ella no puede dejar de proclamar el Evangelio, es decir, la plenitud de la verdad que Dios nos ha dado a conocer sobre sí mismo" (RM 5; Cf. Heb 1,1-2). Dios "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad" (1 Tim 2,4). Todos tienen derecho a esta verdad y nosotros el deber de anunciarla.

Los desafíos del "ayer" y las huellas a seguir "hoy"

La primera evangelización encontró los desafíos que le presentaban estas tierras de América en aquella época. En el aspecto más directamente religioso, la idolatría en las poblaciones indígenas.

Dejo a los historiadores, que tienen un conocimiento más profundo y exacto, el juicio acerca de los aciertos y desaciertos que hubo en el espíritu y en el método como fue encarado este desafío. Y, aun recogiendo lo que detrás de esa misma práctica idolátrica hubo de positivo, de valor religioso, de sentido de lo sagrado, etc., no podemos renunciar a hacer un juicio sobre ella, siempre desde la perspectiva de la fe, sobre los aspectos negativos, no sólo como falseamiento y degradación de la imagen de lo divino, sino también en sus posibles aspectos de envejecimiento humano.

Ciertamente hacia el futuro, un programa de nueva evangelización presupone que la Iglesia actual sigue las huellas de los primeros

evangelizadores fundamentalmente en la voluntad de ser canal y sacramento a través del cual Dios siga transmitiendo a estas poblaciones el don de la fe. Ante todo, la fe.

En el aspecto humano, particularmente el de la convivencia social, la primera evangelización ha encontrado el desafío de las formas degradadas de lo humano por parte de los indígenas, pero también por parte de los conquistadores cristianos, cuando obraban arrastrados por las pasiones humanas.

La Iglesia ha de considerar la primera evangelización con la humildad de la verdad, sin triunfalismos ni falsos pudores, reconociendo sus luces y sus sombras -más luces que sombras- para dar gracias a Dios por los aciertos y sacar del error motivos para proyectarse renovada hacia el futuro⁹.

El Papa nos invita a seguir las huellas de los primeros evangelizadores: en la incansable predicación del Evangelio a todos y en todas partes, en la celebración de los sacramentos que confieren la gracia, en la implantación de la Iglesia, en la difusión de los valores evangélicos y en la defensa de los indígenas y afroamericanos. "¡Cuántos no fueron los misioneros que lucharon por la justicia y contra los abusos de conquistadores y encomenderos!", nos dice el Papa¹⁰. "Con ello la Iglesia, frente al pecado de los hombres, incluso de sus hijos, trató de poner entonces -como en las otras épocas- gracia de conversión, esperanza de salvación, solidaridad con el desamparado, esfuerzo de liberación integral"¹¹.

El movimiento misionero de entonces fue capaz de suscitar un debate teológico-jurídico sobre los aspectos éticos de la conquista y la colonización, del cual nacieron los principios del derecho internacional de gentes. Ello junto al resto de la promoción humana organizada por los misioneros, constituyen "huellas" que deben ser seguidas hoy por una evangelización integral.

2. JESUCRISTO HOY

Los desafíos del presente

Entre los numerosos desafíos que se pueden numerar, nosotros prestaremos atención a los aspectos que afectan más directamente a la situación religiosa.

9 Cf. Discurso del Santo Padre a los Obispos del CELAM en Santo Domingo, 12-10-1984, II,3; cf. también la Carta a los Religiosos y Religiosas de América Latina, 29-6-1990, n.8.

10 Discurso a los Obispos del CELAM en Santo Domingo, 12-10-1984.

11 Ibíd.

Entre estos retos se suelen destacar dos, que provienen, de fuera de la Iglesia: el secularismo y la presencia creciente de las sectas y otros grupos religiosos. Y también, como provenientes del interior de la Iglesia, se suelen indicar una cierta debilidad orgánica suya, debida a la insuficiencia de ministros y a la escasez de vocaciones de consagrados; y la falta de comunión eclesial.

El secularismo

Ha sido señalado con frecuencia por Juan Pablo II como un factor que en todos los continentes desafía a la Iglesia planteándole la necesidad de una nueva evangelización. Pero, si bien el secularismo es visto como un fenómeno que invade todos los continentes, sin embargo no es el mismo su influjo en las poblaciones cristianas del primer mundo que en otras regiones o naciones, como las de América Latina. Esta diversidad nos es claramente presentada en la exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, en la que leemos lo siguiente:

Enteros países y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, están ahora sometidos a dura prueba e incluso alguna que otra vez son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado Primer Mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo -si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria -inspiran y sostienen una existencia vivida 'como si no hubiera Dios'. Ahora bien, el indiferentismo religioso y la total irrelevancia práctica de Dios para resolver los problemas, incluso graves, de la vida, no son menos preocupantes y desoladores que el ateísmo declarado. Y también la fe cristiana -aunque sobrevive en algunas manifestaciones tradicionales y ceremoniales - tiende a ser arrancada de cuajo de los momentos más significativos de la existencia humana, como son los momentos del nacer, del sufrir y del morir.

Así se describe la situación de algunos países de vieja cristiandad en el primer mundo. Y prosigue la Exhortación con esta otra descripción, en la que están incluidos los países de América Latina:

En cambio, en otras regiones o naciones todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana; pero este patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impacto de múltiples procesos, entre los que destacan la secularización y la difusión de sectas. Solamente una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad (CHL 34).

Las sectas

Otro de los desafíos que nos urge en esta hora es la proliferación y difusión de las sectas. Frente al cerco que levanta la civilización consumista y hedonista, que ahoga o al menos aletarga las aspiraciones religiosas del hombre, ellas recuerdan a menudo el destino trascendente de la humanidad y no pocas veces aportan a quienes están solos y necesitados de Dios y de compañía y afecto humanos, un entorno social que alivia el vacío y la soledad que muchos padecen.

Sin embargo deben preocuparnos sus graves errores: la ausencia de la verdadera fe en Cristo o la falsa interpretación de su persona y su mensaje, de suerte que quienes acuden a estos grupos sedientos del verdadero Dios y Salvador, encuentran lamentablemente una empobrecida y distorsionada imagen que en lugar de acercarlos al Señor, los aleja y dilata y dificulta la llegada a la meta querida por Dios para los hombres.

Se ha de añadir que "en muchos países (...) una potente fuerza ideológica así como intereses económicos y políticos están trabajando a través de las sectas, (...) totalmente extraños a un genuino interés por lo 'humano' y se sirven de lo 'humano' para fines y propósitos inhumanos" ¹².

*Es obvio que (...) nosotros no podemos ser simples conciliadores. (...) Las actitudes y los métodos de algunas de ellas pueden ser destructores de las personalidades y quebrantadores de la familia y de la sociedad, y (...) sus principios tienen que ser removidos con la enseñanza de Cristo y de su Iglesia*¹³.

Retos que surgen de la misma Iglesia

En el seno de la Iglesia misma hay también dificultades que es preciso superar. Ante todo una cierta debilidad orgánica provocada por la escasez de ministros y también por la inadecuada distribución de ellos. Como nos proponía el Santo Padre el Jueves Santo de 1991¹⁴, tal vez sea llegada la hora de pensar y de obrar generosa y decididamente en pro de una redistribución de ministros en el continente y también en el mundo. Para cumplir mejor nuestro deber misionero, quizás sea tiempo de "dar de nuestra pobreza".

12 SECRETARIADO PARA LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS, *Sectas o nuevos movimientos religiosos*, IV. Conclusión.

13 *Ibíd.*

Constituye también un desafío la falta de comunión cordial y sencilla con los pastores, que son los que por sus funciones pastorales construyen la unidad de la Iglesia, la presiden en la caridad y la custodian.

El Papa nos dice al respecto: "El antitestimonio de ciertos cristianos incoherentes o las divisiones eclesiales, crean evidente escándalo en la comunidad cristiana"¹⁵.

Jesucristo centro de la nueva evangelización.

Esta IV Conferencia del Episcopado latinoamericano, está invitada por Juan Pablo II a responder a los desafíos del presente con una "nueva evangelización", que tenga como contenido central la persona, la obra y el mensaje de Cristo, que es "el Evangelio de Dios" (EN 7)¹⁶. La cristología, que deberá estar acompañada por una sana antropología y una recta eclesiología, constituirá así, la perspectiva en la que hemos de ponernos para iluminar nuestra reflexión sobre los tres temas prefijados: evangelización, promoción humana, cultura cristiana. Esta manera de plantear el argumento del diálogo que nos ocupará en los próximos días, nos permitirá situarnos en continuidad con la anterior Conferencia, tenida en Puebla. Nos permitirá, ante todo, retomar la "verdad sobre Cristo" como punto de partida orientador de nuestra reflexión doctrinal. Para profundizar la exposición heredada de Puebla, será sin duda conveniente realizar el esfuerzo de seguir pensando en la *incidencia que el misterio de Cristo tiene en el hombre*, en su destino último y en su historia. Dicho con otras palabras, será conveniente, en la línea de Puebla, meditar cómo la cristología es fundamento de la antropología cristiana, concretamente, de la dignidad del hombre así como de la consistencia humana y de la plenitud evangélica de las culturas. De este modo también quedará establecida en su fundamento cristológico la misión que tiene la Iglesia de evangelizar la cultura y las culturas (EN 20), y por consiguiente de contribuir en ellas, desde su propia especificidad, a la liberación y promoción humanas. "De una sólida cristología -nos decía el Papa Juan Pablo II en el Discurso inaugural de Puebla (I,2)- tiene que venir la luz sobre tantos temas y cuestiones doctrinales y pastorales que os proponéis examinar en estos días".

15 Juan Pablo II, A los Obispos del CELAM, 12-10-1984; cf. también San Ignacio de Antioquía, *Carta a los filadelfios*, Cap. 1.

16 Cf. Juan Pablo II, Discurso a la Comisión pro América Latina, 14-6-91, n.2.

Jesucristo Salvador y Redentor

Necesidad de salvación

Los primeros evangelizadores se encontraron con hombres ávidos del anuncio de la salvación. Hoy, en cambio, nos hallamos ante una corriente cultural que hace alardes de no necesitarlo.

Nuestra tarea será pues hacer que los hombres de nuestro tiempo reconozcan la profundidad de su pecado y de sus males y, aceptando la incapacidad de sus fuerzas, se abran, con ayuda de la gracia, a la salvación de Jesús.

¿No vemos un mundo sujeto a la vanidad?, debemos preguntar con Juan Pablo II; ¿no descubrimos la actualidad de las palabras de San Pablo cuando nos dice que la creación entera gime y siente dolores de parto y está esperando la manifestación de los hijos de Dios? (Cf. Rm 8,9.12; RH 8). El dominio del mundo, "jamás conocido hasta ahora, ¿no revela quizá él mismo y por lo demás en un grado jamás antes alcanzado, esa multiforme sumisión a la vanidad?" (RH 8). Ya que el hombre experimenta en sí la división de hacer el mal que no quiere y no hacer el bien que quiere (Cf. Rm 7,19).

Jesucristo es el Salvador del mundo

La Iglesia, con la verdad del Evangelio, proclama hoy a todos los pueblos que sólo hay un Salvador, Jesucristo, el Señor. Así lo contempla la Iglesia desde "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren" (GS 1) para encontrar los caminos del tercer milenio.

Como dice San Juan "...éste es verdaderamente el Salvador del mundo" (Jn 4,42). Esta confesión de resonancia universal, es presentada por el evangelista, como las primicias de los paganos que han de llegar a la fe.

El anuncio de que en Jesucristo podía encontrarse un Salvador respondía a las expectativas de los hombres que en aquellos tiempos experimentaban profundamente la necesidad de una salvación. Situaciones políticas y sociales, las incertidumbres sobre el futuro, las duras realidades de la vida, la incapacidad de llevar una vida virtuosa; los enigmas de la vida y de la muerte, el conflicto entre la libertad y el destino, eran algunos de los puntos conflictivos que hacían suspirar por una salvación. Las religiones y las filosofías de entonces pretendían dar una respuesta proponiendo caminos de evasión. Los

gobernantes, por su parte, se presentaban también como salvadores del pueblo¹⁷ y se hacían llamar con este nombre.

El pueblo de Israel tenía una larga experiencia de las intervenciones de Dios, que a través de la historia había mostrado su piedad y misericordia para salvar a su pueblo de todos los peligros (Neh 9.27-28). Pero en la progresiva profundización del mensaje de salvación, Israel comprendió que la raíz de todos los males se encontraba en el pecado del hombre, por lo que llegó a la convicción de que una verdadera salvación presupone una liberación del pecado. Si en los pueblos del mundo se esperaba una redención limitada a problemas sociales, o a la muerte, o al destino, Israel era el único pueblo que había sido capacitado por Dios para anunciar al mundo una salvación integral. Así se encuentra, principalmente en el libro de los Salmos, el clamor esperanzado: "Como el centinela espera la aurora, espere Israel al Señor, porque en él se encuentra la misericordia y la redención en abundancia: él redimirá a Israel de todos sus pecados" (Sal 130,7-8).

A esta esperanza del Reino de Dios responde el anuncio que los Evangelios proclaman al referir el nacimiento del Señor. Mientras en Mateo se le revela a José: "El salvará a su pueblo de todos sus pecados" (Mt 1,21), en Lucas se dice a los pastores: "No teman, porque les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo. Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor!" (Lc 2,10-11).

Los apóstoles anunciaron decididamente a Jesús como el Salvador de los hombres: "...a este Jesús... Dios lo exaltó con su poder, haciéndolo Jefe y Salvador, a fin de conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados" (Hch 5,31). El Hijo de Dios igual al Padre se hizo hombre, para que el hombre se hiciese Hijo de Dios (Cf. Jn 1,1-16). Y coincidentemente con la herencia recibida del Antiguo Testamento, los apóstoles anunciaron una salvación integral del hombre: la salvación del pecado y de todas sus consecuencias. Así encontramos que Pedro "los exhortaba a que se pusieran a salvo de esta generación perversa" (Hch 2,40) y Pablo enseña a los Gálatas que "Jesucristo se entregó por nuestros pecados para librarnos de este mundo perverso" (Ga 1,4).

Jesús y el Reino

"La salvación consiste en creer y acoger el misterio del Padre y de su amor, que se manifiesta y se da en Jesús mediante el Espíritu. Así se cumple el Reino de Dios" (RM 12).

Jesús da sentido a sus acciones al proclamar: "El tiempo se ha cumplido: el Reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en la Buena Noticia" (Mc 1,15).

17 El libro del Apocalipsis se refiere a los "nombres blasfemos" que adornaban las siete cabezas de la bestia que representa al gobierno romano (13,1).

El Reino que anuncia está en la línea de la restauración del antiguo Reino de Israel, pero enriquecido a través de la profundización que han aportado tanto la predicación de los Profetas como la espiritualidad de los Salmos. Es el reino esperado por Israel, pero con contornos escatológicos. De ahí que el Reino que llega no se pueda recibir si no antecede una profunda conversión.

A este mundo lleno de pecado, de dolor y de muerte la Palabra de Dios le ofrece una alternativa: el Reino. Cristo lo ha instaurado y ha ordenado a sus Apóstoles que vayan a anunciarlo a todos los hombres: "Proclamad que el Reino de Dios está cerca" (Mt 10,7).

Jesús explica en qué consiste este Reino al responder a los enviados de Juan: "... los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva" (Mt 11,4-5). Este es el Evangelio de Jesús, la Buena Noticia de la Salvación que él mismo trae al mundo. Él es el primer Evangelizador.

"Pero hay algo más, Jesús en persona es la "Buena Nueva", como él mismo afirma al comienzo de su misión en la sinagoga de Nazaret, aplicándose las palabras de Isaías relativas al Ungido, enviado por el Espíritu del Señor (Cfr. Lc 4,14-21)". (RM 13)¹⁸.

Puesto que existe una identidad entre Evangelio y Evangelizador, Jesús proclama el Reino con lo que dice, con lo que hace y con lo que es, y lo establece en él mismo: el Reino, la salvación, consiste en estar en él, participar de su misterio.

Pero también el Reino es del Padre. Es un don suyo (Cf. Lc 12,32; Mt 20,23) para que entremos en relación con él, aprendiendo de Jesús a llamarlo Padre. Es "liberación de todo lo que oprime al hombre, pero es sobre todo liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por él, de verlo, de entregarse a él" (EN 9).

Se ingresa al Reino por la fe y el bautismo, que es nacimiento a la nueva vida de hijos de Dios. De ello da testimonio el Espíritu y los conduce para que tengan una vida digna, no de esclavos en el temor, sino en el amor y la libertad. Injertados en Cristo, su ley es el amor, cuyos actos más elevados son las bienaventuranzas, por las que seguimos de cerca a Jesús. Es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6).

El Reino es para todos. Nadie es excluido del amor gratuito del Padre que envía a Jesús para salvar a todos. La universalidad del Reino se pone de relieve

18 Orígenes había identificado a Jesucristo con el Reino: El mismo Jesucristo es el Reino, la "antobasileia" (In Mt XIV,7. comentando Mt 18,23).

sobre todo en el evangelio de san Lucas, que muestra cómo Jesús otorga su preferencia a los que son marginados de la sociedad: se destacan reiteradamente las comidas de Jesús con los pecadores (Lc 5,29-32; 15,1-3; 19,7), su trato con los pobres (Lc 6,20-26) y leprosos (Lc 5,12-16), con las mujeres (Lc 7,36-50; 8,2-3; 10,38-42. Ver también: Jn 4,27; 8,1-11), con los niños (Lc 9,46-48; 18,15-17) y con los extranjeros (Lc 7,1-10; 17,11-19). Es el buen pastor que conoce a sus ovejas y las llama por su nombre, deja las del redil para buscar a la descarriada. Es el buen pastor que da la vida por sus ovejas (Jn. 10,1-16). Jesús les hace vivir ya una experiencia de liberación cuando trata con ellos y les hace sentir su ternura. Cuando la Iglesia administraba el bautismo a los indígenas, los reconocía con el mismo destino y dignidad de todos, perdonando sus pecados y dándoles la vida de hijos de Dios, incorporándolos que iguales en la comunidad eclesial.

El Reino de Dios y la Pascua de Jesús.

La Iglesia ha celebrado siempre en el acontecimiento pascual, con su doble faz de dolor y de gloria, la cima de la Salvación¹⁹. Esta Pascua, que encuentra en Pentecostés su acabamiento con el don del Espíritu, es obra del amor del Padre y de Cristo, un amor más fuerte que el odio y que la misma muerte.

Jesús sabe que va a morir y asume su muerte futura con toda libertad (Cf. Jn 10,17-18). En ella hace el don de su vida, cumpliendo hasta el fin su obediencia y su amor (Jn 15,13; Fil 2,8). En el amor total de su entrega, Jesús se revela como el Hijo cuya vida es ser para el Padre y sus hermanos. Al revelar su amor, revela su ser.

La Resurrección de Jesús, junto con la cruz, es el fundamento y el centro de la fe cristiana. Así lo creyeron los apóstoles y lo proclamaron en sus primeros discursos (Hch 2,22-36; 3,15; 4,10.33; 10,40-41; 13,30-38). Los cristianos se encargaron de difundir esta fe por todo el mundo y la liturgia cristiana centra su gozo en la celebración del triduo pascual. Es necesario recoger la memoria de su muerte en la celebración de su resurrección, porque el Resucitado conserva los estigmas de la cruz como signos del amor que venció a la muerte. Y es necesario al celebrar la muerte del Señor, anticipar su resurrección, ya que la muerte fue paso de liberación y de gloria.

La resurrección es la respuesta del amor paterno de Dios al amor filial de su Hijo obediente hasta la muerte, elevándolo a participar como hombre de la gloria divina que eternamente tenía (Fil 2,5-11) y constituyéndolo Hijo en poder (Rm 1,4). Por la pascua ha llegado efectivamente el Reino y ha sido sellada la Nueva Alianza.

¹⁹ Cfr. el resumen del kerygma que reproduce San Pablo en 1 Cor 15,1-8.

En la resurrección, Jesucristo acaba de revelar el misterio de Dios y del hombre.

Fe en Cristo y dignidad humana

En la nueva evangelización habremos de poner de manifiesto "el potencial humanizador" ²⁰ de nuestra fe en Cristo.

En efecto, por la revelación conocemos el último fundamento de los derechos humanos, que son la expresión de nuestra dignidad; correlativamente, por la revelación también descubrimos que la conculcación de esos derechos tienen una trascendencia "teológica", por lo cual Medellín los ha calificado de "pecado" y Puebla ha dicho expresamente que es contra Dios.

Por consiguiente, el sentido y valor de la dignidad humana son descubiertos, en su plenitud, por la revelación definitiva del misterio del hombre en Cristo.

Elegidos en Cristo

A este propósito es oportuno recordar que el pensamiento de la Iglesia ha encontrado tradicionalmente el principio y fundamento de su antropología en la enseñanza bíblica acerca del hombre creado a imagen y semejanza de Dios. En el tiempo moderno ha presentado regularmente esta misma enseñanza como base de su magisterio social. La Iglesia ha reconocido y enseñado que el haber sido creado a imagen y semejanza de Dios constituye precisamente la dignidad del hombre. Esta resulta de que ese ser a imagen consiste en ser persona, dotado de conciencia, de inteligencia y libertad, responsable de sí mismo, de sus semejantes y del universo entero, del cual ha sido constituido señor; responsable y por lo mismo sujeto de deberes y derechos ²¹.

De este modo la Iglesia recoge una convicción nacida del mismo ejercicio de la razón humana, históricamente ayudada, en alguno de sus aspectos, por la revelación y la reflexión teológica. Así, es manifiesta la contribución del cristianismo al surgimiento y afianzamiento del concepto de "persona" a partir de sus dogmas de la Trinidad y Encarnación.

La revelación contenida en el libro del Génesis acerca del hombre creado a imagen de Dios, es llevada a su culminación por el Nuevo Testamento cuando enseña que el primer Adán era figura del segundo, Jesucristo, y que en El Dios nos ha elegido, llamado y creado (Rm 1,4) para ser, a imagen del Hijo unigénito, sus hijos adoptivos (Ef 1,5). Nuestro ser-a-imagen del Hijo

primogénito, el cual es imagen de Dios invisible (Col 1,20), nos hace sus hermanos, coherederos con Cristo, "heredero de todo" (Heb 1,3-4).

Así pues la dimensión más profunda de la dignidad del hombre, consiste en la Alianza que Dios establece con él; en la nueva y más honda relación de Padre a hijo que Dios establece con su creatura humana; en la vocación que le dirige a participar de El, como herencia propia y eterna.

Esta dignidad resulta del amor gratuito del Padre; en realidad, la dignidad del hombre está en el hecho de que Dios lo ama hasta hacerlo hijo. Amor en cierto modo rechazado por el hombre con la ruptura de la primera Alianza (Gn 3,6-13) y de la posteriores que Dios "ha ofrecido en diversas ocasiones a los hombres" 22.

Dignidad que es también fruto del amor del Hijo, encarnado y muerto por nuestra redención.

La redención es en su raíz más profunda la plenitud de la justicia en un corazón humano: en el corazón del hijo primogénito, para que pueda hacerse justicia de los corazones de muchos hombres, los cuales, precisamente en el Hijo Primogénito, han sido predestinados desde la eternidad a ser hijos de Dios (RH 9).

Sí, nuestra dignidad de hombres consiste en que Cristo nos ha llevado en su corazón. Por la redención "el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad" La redención "ha vuelto a dar definitivamente al hombre la dignidad y el sentido de su existencia en el mundo" (RH 10).

La encarnación del Hijo de Dios

La nueva evangelización exige una clara afirmación de la divinidad de Cristo. La venida del Hijo de Dios en la carne introduce una absoluta novedad en el mundo. Inmerso en nuestra humanidad, hecho igual a nosotros, mantiene su infinita diferencia y prioridad con respecto a nosotros. El es la Cabeza. En El encontramos al Dios que, entre sombras y como a tuestas, buscamos.

El anuncio de Cristo, como Dios -eterno, infinito, inmenso- que ha entrado por su encarnación y nacimiento en la historia de los hombres, propondrá el signo de que el rodar inmanente del tiempo sobre sí mismo ha sido quebrado y abierto hacia lo Trascendente. El reconocimiento público de Cristo como Dios en la cruz, que ha bajado hasta lo más profundo del dolor humano, será el testimonio de que el dolor y la muerte no son la última palabra pronunciada

sobre la humanidad. Cristo, en su humanidad resucitada, es constituido Señor de la historia que iniciada con El y centrada en El, está a la espera de su retorno glorioso. Esta esperanza revela que el tiempo humano es peregrinación hacia el encuentro con Cristo y la comunión permanente con El: "Cristo ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A El la gloria y el poder por los siglos de los siglos" ²³.

El reconocimiento de la divinidad de Cristo es la respuesta al secularismo, a las sectas y a las tendencias que lo callan.

El es también verdadero hombre, el hombre perfecto (Cf. GS 22). Y tanto más hemos de anunciar en la nueva evangelización que Dios verdadero se hace verdadero hombre, cuanto más el afecto secularista que inspira a veces el pensar y el vivir actual tiende a separar y alejar de la humanidad y de su historia al verdadero Dios. El hombre aislado, autosuficiente busca fundarse exclusivamente en sí mismo y valorarse como obra de su exclusiva libertad.

En Cristo Dios se ha hecho verdaderamente hombre, sin dejar de ser Dios. En Cristo la divinidad no expulsa ni anula a la humanidad, precisamente porque la divinidad no anula, ni aliena, ni disminuye al hombre. La fe de Calcedonia nos permite recuperar no sólo el clásico y tradicional, sino el último y más pleno fundamento de la dignidad humana: de la dignidad de la humanidad individual de Jesús de Nazaret y de la humanidad de cada hombre. Puesto que por su encarnación el Hijo de Dios se une de algún modo a todo hombre (RH 8), la dignidad humana encuentra su más profundo fundamento en la dignidad infinita del hombre Jesús.

La fe en la resurrección del Señor

Es preciso recuperar el valor antropológico de la fe en Cristo resucitado, pues la resurrección de Cristo es la garantía de la nuestra: "¿Cómo andan diciendo algunos entre vosotros, que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, Cristo no resucitó. Y si Cristo no resucitó, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe" (1 Cor 15,12-14). El pueblo de Dios profesa esta fe que ha llegado a expresarse con la sencilla fórmula de nuestro Símbolo: "Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna".

Aquí está el valor humano de nuestra fe: la dignidad del hombre consiste en la vocación que Dios le otorga de participar de El como herencia propia y eterna; en la grandeza del destino a que Dios lo llama. Es el valor humano de la fe escatológica cristiana que se pone de manifiesto en diversos aspectos implicados en este dogma.

En primer lugar la convicción de que la vida no concluye con la muerte. En esto se muestra la dignidad de la persona humana, único ser querido por sí mismo por Dios, que, una vez puesto en la existencia por el Creador, no perece. Con esta dignidad es coherente la conciencia del hombre que "juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo" (GS 18).

No creemos solamente en la inmortalidad del alma. Un segundo aspecto implicado en nuestra fe en la resurrección está dado en la valoración del cuerpo por ser integrado en ese destino imperecedero de gloria. La afirmación cristiana de la resurrección de cada persona con el propio cuerpo con que vivió en esta tierra, es, contra toda creencia en la reencarnación, una neta afirmación de nuestra identidad corporal, de que cada uno de nosotros es su cuerpo actual, histórico, inamisible e intransferible. Ninguno de nosotros es cualquier cuerpo, indiferentemente.

Un tercer aspecto que se da en esta creencia cristiana, sin duda el que hace más a la fundación de nuestra dignidad humana, está en la afirmación de nuestro destino eterno como encuentro y comunión definitiva con el Absoluto de Dios; superación máxima de la finitud del espíritu humano y último sentido de la vida personal y de la historia humana, con más razón si pensamos que nuestro encuentro con el Absoluto de Dios lleva a su máxima plenitud el encuentro de cada hombre con los otros y con la creación, que también gime esperando "ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (Rm 8,21).

En definitiva, con la resurrección se realiza la suprema unidad de cada persona con su propio cuerpo, con la humanidad universal, y con el universo material. Es así como, vencido el último enemigo, la muerte, con todo su sentido corporal y espiritual, todas las cosas serán recapituladas en Cristo (Ef 1,10), quien entregará su reino al Padre "para que Dios sea todo en todos" (1 Cor 15,28; cf. Ad Gentes 2).

El misterio de la cruz

Como Cristo, antes de su resurrección, vivimos en la carne, constreñidos por los límites de la existencia terrena, sometidos a los males que la Sagrada Escritura pone en misteriosa relación con el pecado. La enfermedad, el abandono, la pobreza, la violencia y la muerte, sobre todo cuando estos males son resultado del egoísmo humano, de la idolatría de la riqueza, del poder y del placer, que hieren la convivencia de los hombres debido a la injusticia, a la instrumentación del hombre y a su dominación, están en contradicción y aun constituyen una ofensa a la dignidad humana. Cristo sigue aún colgado de la cruz, en la persona de sus "pequeños hermanos" (Mt 25,40).

Todos estos fenómenos que han hecho su ingreso en el mundo nos muestran que no se ha manifestado aún la plenitud de nuestra filiación divina (Cf. 1 Jn 3,1); el Reino de Dios que con Cristo ha dado signos de su cercanía, no ha llegado aún a su consumación. Junto con la creación entera "también nosotros, que poseemos las primicias del espíritu, gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo" (Rm 8,23-24).

Pero somos, ya ahora, en esta existencia terrena, verdaderamente llamados a ser hijos de Dios y conservamos así nuestra básica dignidad, que no ha sido perdida y exige ser defendida, promovida y desplegada. Ella es la prenda de nuestra esperanza, la condición de nuestra oración y el fundamento que motiva nuestra acción destinada a construir un mundo de libertad, de justicia y de paz.

En esta situación, el hombre creyente, como Cristo en la cruz, está llamado a asumir la paradoja de aceptar la presencia de los males, la finitud de su creaturidad y el límite acarreado a su existencia por el pecado, y simultáneamente la de resistir a esos fenómenos negativos. Cristo en la cruz asume su propia creaturidad y la carga del pecado de los hombres a la vez que la lucha contra el príncipe de este mundo.

La actitud del creyente se despliega así en esperanza, oración y acción.

En esperanza, "porque -como continúa el texto de la Carta a los Romanos (8, 20ss)- nuestra salvación es objeto de esperanza".

La actitud creyente se convierte en oración, porque "el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Ya que nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rm 8,26). Oración como la de Cristo en el misterio de Getsemaní, quien a la vez que acepta que se cumpla la voluntad del Padre, ruega para que sea alejado de él el amargo cáliz.

La oración creyente adopta también la forma de la contemplación de Cristo en la cruz. La cruz nos invita a contemplarla. A mirar el rostro del Señor para ver en los mismos rasgos de su muerte y su dolor la serenidad luminosa de su paz. No la paz de la muerte, no la paz de la mera resignación pasiva, sino la paz de su esperanza, como signo de su victoria sobre la muerte. La paz como reposo confiado en las manos del Padre que trasciende la experiencia del abandono.

Más allá de la esperanza y de su expresión en la oración, la actitud creyente se torna acción. Cristo, que no ha convertido las piedras en pan (Cf. Mt 4,3-4), nos invitó a estar a la espera de su glorioso retorno, cuando al manifestarse su poder, se revele lo que somos. Pero el mismo Cristo, que dio de comer a la multitud hambrienta, devolvió la vista a ciegos, hizo andar a los paráliticos, y evangelizó a los pobres (Mt 11,4-5) nos encomendó cumplir en

este tiempo el nuevo mandamiento del amor. El amor que, activo en la promoción humana, busca lograr aquel grado de eficacia que anticipe, en la medida de lo posible, un vislumbre del siglo futuro (Cf. GS 39).

Cristo nos invita a estar vigilantes de su glorioso retorno, encomendándonos cumplir el nuevo mandamiento del amor. Nos llama así a hacer de nuestro tiempo de espera, tiempo de amor, en el cual vayamos construyendo la civilización del amor.

La cruz de Cristo no es solamente *mysterium*, que funda nuestra liberación y dignidad humana. Es también *exemplum* que imitar en el amor al prójimo. Particularmente en la preferencia por el que de un modo prioritario es sacramento de Cristo: el pobre, el enfermo, y en general, el grupo de los "pequeños hermanos" de que nos habla la parábola de Mateo.

En la Eucaristía nos dejó el sacramento de su amor. En ella nos alimenta con su cuerpo y su sangre para que, creciendo en nuestra unión con El, participemos siempre más de sus mismos sentimientos (Cf. Fil 2,5-11).

3. JESUCRISTO SIEMPRE

Siempre nos invita a echar una mirada hacia el futuro.

Es necesario preparar ya la empresa de evangelizar el futuro: el próximo siglo de América Latina, el tercer milenio del cristianismo en el mundo.

Es urgente que la Iglesia de América Latina se prepare a ella mediante un programa de nueva evangelización en el propio continente. También mediante un diálogo con las iglesias de vieja cristiandad, de las que hemos recibido la fe y ayudas para la organización pastoral y para sostén económico y a las que tal vez podamos brindar la juventud de nuestra fe, la sencilla sabiduría de nuestra pobreza y la inquieta experiencia de nuestra búsqueda de caminos pastorales. También y no en último lugar, hemos de prepararnos a la empresa señalada, mediante un mayor aporte de personal destinado a la evangelización ad gentes en tierras donde la Iglesia no está aún suficientemente implantada.

Queremos adentrarnos en este futuro con la cruz de Cristo, con la que los primeros misioneros llegaron hasta nosotros: la cruz de la nueva evangelización. Vestida nuestra pobreza con una sola túnica, queremos internarnos en este futuro únicamente con la cruz y el Evangelio (Cf. Lc 9,3).

Queremos que la Iglesia no se interponga como cristal opaco entre los hombres y Jesucristo, sino que sea su sacramento, reflejo de la luz que es Cristo (LG 1).

Necesitaremos un "nuevo ardor", contemplativo (EN 76) y evangelizador, resultante de la "fuerza del Espíritu" (Lc 4,14), que nos otorgue la osadía de anunciar a Cristo "sin reticencias debidas a la duda o al temor" (EN 74). Necesitamos también que el Espíritu nos otorgue la gracia de poner en nuestros labios las palabras que, por nosotros solos no podríamos hallar. Queremos dejarnos "conducir por el Espíritu" (Mt 4,1). El es quien impulsa a predicar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender las palabras de salvación.

Apostados en el interior de la historia, como centinelas a la espera de la aurora, hemos de avizorar los signos de los tiempos que el Espíritu Santo nos hará discernir.

Sorprende que el autor de la Carta a los Hebreos exhorte a mantenerse en la misma enseñanza sobre Cristo, cuando es sabido por todos que este escrito es el que contiene una de las cristologías más novedosas y originales de todo el Nuevo Testamento. Esto invita a considerar atentamente qué significa esa fidelidad a la enseñanza primitiva. El Santo Padre ha comprendido que la fidelidad al Cristo de siempre exige a la Iglesia una evangelización nueva en los métodos y expresiones que requiere la generación que está por iniciar el tercer milenio.

Agradecemos a Dios la piedad mariana de los pueblos latinoamericanos cuya evangelización María acompañó desde los comienzos con su repetida visitación convocándonos a seguir a Cristo.

Ponemos en sus manos y en su corazón los deseos y propósitos de esta IV Conferencia, honrándola como estrella de la primera y también de la nueva Evangelización. Que ella nos enseñe a ser dóciles a la voz del Señor y presida con su oración la renovada empresa con la que la Iglesia, en estos tiempos difíciles y llenos de esperanza (Cf. E.N. 82) hará presente a Jesús ante el tercer milenio.

Jesucristo es el Alfa del tiempo: venimos de El. Es la omega del tiempo: vamos a El. Es el centro del tiempo: siempre estamos en El (Cf. Ap. 21,6; Ef. 1,3-10; Col. 1,15-20). El es el S33eñor de la Historia .